

RECUERDOS DE VIAJE.



(La Abadía de Westminster.)

UNA VISITA Á LA ABADIA DE WESTMINSTER.



Ara vez han basado en Inglaterra los viajeros ni los arqueólogos una escuela bajo el aspecto de las bellas artes. Efectivamente, el carácter mercantil de los ingleses, su propensión predominante hacia todo lo que sea industria y gozos positivos no han permitido al genio artístico tomar aquel vuelo grande y desinteresado que en otros países. Pintura, arquitectura, música, todo esto lo adquieren los ingleses del extranjero. Los monumentos mas notables de Londres son hijos del cerebro francés, como lo hace observar un publicista contemporáneo. El puente de *Westminster* y el nuevo de Londres, el parque de *San James*, el *Tunnel* ó puente debajo del Tamesis, están allí para acreditarlo; y el palacio *Montagu* uno de los mas bellos edificios de aquella capital cuyos cielos rasos están pintados por *Santiago Roussau* y *Carlos Lafosse*, fue construido bajo los plines del arquitecto francés *Pouget*.

Sentado este principio, no es poco digno de admiración, al recorrer la Inglaterra, el encontrar de tarde en tarde algunos antiguos monumentos debidos al cincel gótico, en aquellas épocas en que el cristianismo universalizaba su buen gusto arquitectónico á despecho de los naturales y verdaderos testamentos de una religión muerta por decirlo así en aquellas comarcas, Oasis católicos esparcidos en medio de las ideas anglicanas.

La abadía de *Westminster* es sin contradicción la mas notable de todos ellos. No es fácil visitarla sin verse acometido de las dos ideas que abarcan su doble destino, esto es; el altar y la tumba. Dios y la nada (1). Ayer el culto y la vida; hoy el silencio y las sepulcros; ayer el alto pensamiento de la eternidad, los reinos arrodillados; hoy el espacio limitado del tiempo y de la historia; hay las grandezas reales hundidas debajo de una losa de algunos pies.

Tal es aquella antigua abadía que no cuenta menos de 12 siglos, y que solo abra sus sagradas bóvedas á la coronación y al sepulcro de los principes. Es la doble escalera por donde se sube al trono y por donde se desciende de él; imponente lección dada á los monarcas de la tierra!

Si se ha de dar crédito á las historias inglesas la abadía de *Westminster* fue fundada hacia el año de 603 por *Soberto*, rey de los sajones, concluida mucho tiempo después por *Henrique III* que depositó en ella los restos de *Eduardo el confesor*, y engrandecida por *Henrique VII* á principios del siglo XVI. La capilla que lleva el nombre de este monarca es indudablemente uno de los mas bellos fragmentos de arquitectura que ha dejado el genio del cristianismo. Divide á la iglesia en dos cuerpos separados; uno atrevido y colosal, y el otro mas peque-

ño pero mas gracioso. El primero lleva hasta el mas alto extremo la severidad de sus labores; el segundo cantonea á sus pies la gallardía de sus pequeños cincelados. Ambos estilos reproducen con bastante exactitud las dos edades del catolicismo pasado y del presente; la austeridad de las catacumbas, y el lujo de las cortes.

Al entrar por la puerta principal que mira al Oeste enfrente del coro se admira la simétrica magestad de la nave principal sostenida por dos alas colaterales á una elevación de 150 pies. En el fondo y detras de la sala donde la Cámara de los comunes tuvo en otro tiempo sus sesiones está la capilla de *Eduardo I*, que solo ofrece de notable su vejez y sus recuerdos históricos. Vease aun en ella los antiguos sitials de la coronación conducidos de Escocia por aquel principe y el escudo que *Henrique VI* llevaba en la batalla de *Azincoot*. Es lo único que el tiempo ha conservado á la Inglaterra de aquella memorable jornada.

Desde este punto es de donde empiezan á prolongarse en toda la latitud del templo los sepulcros diseminados de los reyes hasta la capilla de *Henrique VII* de que ya hemos hablado. Una espaciosa nave y dos pequeñas alas alifanadas componen esta última division á espaldas de la antigua. Aquí se reune casi toda la historia de Inglaterra; cada losa que se ve corresponde á un recuerdo; ¡y qué recuerdos los de *Henrique VIII*, *María* é *Isabel*! Aquellos grandes potentados á quienes ayer la Europa entera hubiera parecido estrecha son hoy tan pequeños en aquellos lugares que apenas los distinguimos á nuestros pies! Coronas de ceniza apogada... hasta el mismo *Cicerone* que por algunos *schelinos* os las señala con el dedo, parece temer que su voz no las disperse.

Henrique VII fundador de aquella capilla se halla en medio de la nave en un sepulcro ricamente esculpido en forma de altar. Ocupa el puesto de honor en medio de todos los demas, como un huésped que acaba de darlos asilo. Enfrente de él estan las sillas adornadas de diferentes escudos, donde se reunen algunas veces los caballeros de la orden del Baño, cuyo fundador fue aquel monarca.

Al recorrer las alas que forman los dos costados de la nave se olvidan por un momento todos los recuerdos para fijar toda la energia de la meditación sobre dos sepulcros colocados uno enfrente de otro. En uno de ellos descansa la desventurada *Maria* de Escocia, en el otro *Isabel*: ¡el verdugo enfrente de la victima! ¡espantosa antitesis! Las dos reinas, una de las cuales fue tan grande en desgracias y en virtudes y la otra tan admirada por su genio y su poder, las dos reinas, rivales en el trono, parecen serlo aun en el sepulcro. Dudaría el viajero á cual de los dos monumentos fúnebres dar la preferencia, si el estuco del primero no recordase el antiguo nombre de los *Estuardos*; á su vista se escitan todas las simpatías, todo el amor, todo el corazón, y este tributo no le rendimos á la reina de Escocia, sino á la mujer que tantas desventuras supo sufrir. Entre la viuda de *Francisco II* que empezó por defectos y debilidades que la historia perdona para engrandecer su vida sobre el cadalso político, y la hija de *Henrique VIII* cayendo desde lo elevado de su trono en una pasión de 70 años; entre una reina mantir por su belleza que la envidiaron juntamente con su trono, y una reina que su cambio á una desesperacion amorosa, la historia ha pronunciado su falta; *Maria* fué reina para morir; *Isabel* vivió como reina y murió como mujer. Continúen.

Hé aquí á *Henrique VIII* cuyo maquiavelismo pesó tan poderosamente sobre el siglo XVI; que hizo pasar seis esposas desde su lecho al tajo fatal; desafió á la

(1) Ya dijimos en otra ocasion que esta celebre abadía encierra los sepulcros de los reyes y de los hombres mas ilustres de la gran Bretaña, como tambien que hace mucho tiempo se celebran en ella las ceremonias de las coronaciones.

digüdad pontificia, y estableció entre él y Roma una barrera de sangre; allí su hija María, que vive 300 años pertenece á la historia, y la historia aun no la ha juzgado; mas allá aquel Carlos II que despues de haber tenido un reinado sin trono, tuvo un trono sin reinado.

Dejando las sepulturas Reales para volver á la parte antigua de la iglesia, se halla una multitud de monumentos funebres que atraen á la imaginacion recuerdos no menores. Aquí descansan las personas ilustres cuyos nombres han llenado á la Inglaterra. Este es el panteon ó por mejor decir el apoteosis del genio, porque la Abadía de Westminster es un palacio donde los grandes hombres conceden un lugar á los reyes del país.

Cuando visitéis aquella iglesia deteneos en la parte llamada *rincon de los poetas* (*the poets corner*.) Entonces no seréis español, ni francés ni inglés; os arrodillareis á pesar vuestro ante la sombra del gran *Shakespeare*, seréis poeta en el sepulcro de *Milton*, raciocinador delante de las cenizas del inmortal *Bacon*, artista con el actor *Garriok*; cantareis con *Spencer*, *Addison* ó *Goldsmith*; llorareis con *Richardson*, y el fabulista *Gay* os consolará con su epitafio que él mismo compuso.

Si os deteneis ante otros nombres ilustres, hallareis el de *Isaac Newton* que descubrió la gravedad universal; el del celebre *Watt* que aumentó el poder del vapor, finalmente de aquellos dos ilustres rivales *Fox* y *Pitt*, tan diferentes en su política y tan semejantes en su ingenio. *Fox*, arrebatado tan jóven á los tiempos de su elevada inteligencia; *Pitt*, el hombre de bien, la potencia del talento, de quien *Walter Scott* dijo: «Mientras que la buena fe y la paz pública sean apreciadas, derramad una lágrima sobre este mármol insensible; porque el que supo conservarlas, *Pitt*, descansa en él.»

CRONICA NACIONAL.

LA CAMPANA DE HUESCA.



uerto sin hijos el rey de Aragón y Navarra D. Alonso el Batallador, y poco conformes los que fueron sus súbditos con el testamento en que dejaba por herederos de sus estados á los Caballeros del temple, hospitalarios, y de Jerusalem, se levantaron diversos altercados acerca del sucesor en ambas coronas. Reunidos en Borja aragoneses y navarros el año 1134 con el fin de elegir rey, y cuan-

do parecían unirse los pareceres para nombrar á D. Pedro de Arce, señor de aquella ciudad, varon de partes muy aventajadas, y descendiente, segun algunas, de la casa real, Pedro Tison de Quadrayta y Palegrin Castillazuelo, hombres de grande ingenio y autoridad, propusieron la eleccion del infante D. Ramiro, hijo legitimo de Don Sancho su señor, y hermano de D. Alonso, á quien desde los primeros años de su edad le habia dedicado su padre á la religion, haciéndole tomar el hábito de San Benito en el monasterio de San Ponce de Tomeras.

Divididos así los pareceres, partiéronse de las Cortes remitiendo la eleccion á las que sobre esto se habian de celebrar en Monzon. Empero desconfiando los navarros de la poca aptitud para reinar del monje D. Ramiro, acordaron elegir á persuasion de D. Sancho de Rosas, obispo de Pamplona, á Don Garcia Ramirez, nieto de D. Sancho, y lo alzaron por rey sin voluntad ni acuerdo de Aragón.

Los aragoneses reunidos en Monzon aclamaron á Don Ramiro, que aunque monje y obispo de Roda y Barbastros no dudó en llamarse rey; des que murió su hermano, Don Ramiro fue coronado á la edad de cincuenta años, y adquiriendo dispensa del pontífice Inocencio Segundo, el monje, el sacerdote, el obispo, casó el año 1135 con Doña Ines, hermana de Guillen, conde de Poitiers y de Guiena.

Las turbulencias y repetidas contiendas suscitadas por las pretensiones de los monarcas de Navarra y de Castilla, y á las que ningun obstáculo oponia D. Ramiro por su flojedad y negligencia, engendraron descontentamiento en los grandes que amaban la guerra. Engrandecidos los ricos hombres con las donaciones desmedidas de castillos y lugares que el rey les hacia, principiaron á no acudir á sus llamamientos y á despreciarle, echándole en cara su pacífica vida monástica, con el nombre de *carne y coles*, ó *carni-coly* con el no menos ridiculo del *rey cogulla*. Los ideas que no fueron participes de su liberalidad, movidos de envidia lo trataban de pródigo é imbécil, y dividido todo el como en parcialidades, reinaba por do quier la anarquía y la confusion.

Viéndose D. Ramiro en tal conflicto, y no sabiendo que partido tomar, envió secretamente un comisionado con una carta suya á Fr. Frotardo, abad de San Ponce de Tomeras, maestro suyo en la religion y persona de quien hacia gran confianza, en la cual le espouia el estado de su reino, pidiéndole consejo acerca de lo que debia hacer para apaciguar tantas alteraciones. El abad, que conocia el corazon de D. Ramiro, no respondió palabra al infanzon, y conduciéndole á una huerta, principió á contar á su vista con un cuchillo las cabezas de las coles, y demas hortalizas mas altas y durazanas que allí habia, despidiéndole sin otra respuesta.

Luego que D. Ramiro recibió esta contestacion, mandó llamar á los ricos hombres mesnaderos y procuradores de las villas y lugares de Aragón para que se juntasen á cortes en la ciudad de Huesca, y venidos que fueron, les propuso el proyecto que tenia formado de fundir una campana que desde Huesca se oyese por todo el reino. Los grandes tuvieron con esto un motivo mas para molestarse de la simplicidad del rey. Pero un dia señalado mandó el rey reunirse en su palacio á todos los nobles, y conforme iba llegando cada uno de aquellos día quienes se queria asegurar para la venganza, le mandaba pasar adelante hasta que daba en manos de los otros en un retrete que aun se conservava en el día en el mismo palacio. Así fueron presos y muertos quinientos de los mas principales ricos hombres mesnaderos de Aragón.

los cinco caballeros de la casa de Luna, Lope Ferrandes, Ruiz Gimenez, Pedro Martinez, Fernando y Gomez de Luna, D. Ferriz de Lizana, D. Pedro de Berge, D. Gil de Trujillo, D. Miguel de Azlor, D. Pedro Coruel, D. Garcia de Vidaura, D. Ramon de Foces, D. Garcis de la Peña, D. Pedro de Lusía y D. Sauclo de Tortosa.

El último que entró fué D. Ordaz, el cual apenas penetró en la fatal estancia vió catorce cabezas brotando sangre ordenadas en círculo á manera de campana, y en un extremo sobre un paño mortuorio un cúmulo de cuerpos descabezados.—He ahí la campana que he mandado fundir, dijo D. Ramiro dirigiéndose á Ordaz; pero observo que aun no está completa ¿Qué pensáis que la falta?—¡La lengua! exclamó D. Ordaz con voz sepulcral.—Pues vos servís de lengua, dijo D. Ramiro, y mandándole cortar la cabeza fue colocada en medio del círculo. Desde entonces los descendientes de este desgraciado llevan por armas una campana con lengua, y por yugo una mata de col y una cruz sobre ella.

Pocas horas despues, los hijos de los que tan desgraciadamente habían parecido veíanse asomados á las ventanas del alcazar de D. Ramiro. Por bajo de ellas pasaron hasta quince estabades acompañados de multitud de religiosos, cantando el *requiem æternam*. Algunos de los presentes al ver el fúnebre cortejo y el nombre de sus padres en los tarjetones que de los féretros pendían, prorumpieron en amargo llanto. Entonces D. Ramiro dirigiéndose á ellos les dijo:—«Ved aquí para que os envíe á llamar: la campana que había de fundir es esa, sirviendo de metal para ella la sangre de los que encendieron el fuego en que han sido derritados: he mandado matar á vuestros padres para que aprendais á no moñros de vuestro rey.» Al saber este horrible suceso los demas nobles exclamaban aterrorizados «¡carne y coles le llamábamos, carne y coles nos ha dado!»

Esta campana resonó por todo el reino con tal ruido que le llenó de espanto y de terror manteniéndolo en calma en lo sucesivo. D. Ramiro mandó hacer un monasterio de la iglesia de S. Pedro de Huesca en 1137, y se retiró á él con cierto número de clérigos de su capilla donde vivió bajo la regla de S. Benito, hasta el 1147, en que falleció, habiendo casado de antemano á su hija con Petronila con D. Ramon conde de Barcelona, á quien había dejado la administración del reino con el título de príncipe de Aragón, reservándose él, no obstante su retiro, el libre uso de la autoridad real.

Los cuerpos de los nobles que tan desgraciadamente murieron, fueron llevados á la iglesia de S. Juan de Jerusalem de Huesca que está cerca del palacio real, y en ella se erigieron unos sepulcros donde yacen y se conservan en el día.

El primer deseo que se despierta en el ánimo del viajero que se halla en la ciudad de Huesca, es el de visitar la estancia donde se ejecutó la muerte de los nobles. Este monumento ignorado en la generalidad hasta que el drama del Sr. Garcia Gutierrez salió á luz, se halla debajo de la que es teatro de la universidad, desde que agregó el palacio real á este establecimiento científico D. Felipe III por donación hecha en Madrid á 21 de Julio de 1611. Una escalerilla estrecha y desmoronada que hay junto á la silla de la presidencia, conduce á esta terrible mansión: el pavimento es de tierra, en figura ovalada, de no muy grandes dimensiones, y cuyo exámen no ofrece atractivo alguno á las investigaciones del arqueólogo.

Sus paredes lisas y sin adorno alguno, su bóveda po-

bre y sin ningún atavío, su cornisa enteramente desprovista de las vistosas molduras, follajes y relieves que tanto admiramos en las obras de los godos y de los árabes ninguna novedad ofrecen; y por otra parte las piedras cuadradas y simétricamente empotradas que constituyen el edificio presentan una monotonía sin igual. Dos agujeros cuadrilongos ofrecen estrecho paso á la luz natural que iluminando débil y pálidamente la estancia aumentan el terror que ya por sí sola inspira. La tradición acaso discordante en algun modo con el género de muerte que sufrieron los nobles, señala como vestigios del tablado que debió alzarse para ahorcarlos, unos agujeros que se ven bajo la cornisa á una altura proporcionada del suelo. En medio de la bóveda se mira una grande anilla de donde, segun voz vulgar, fué colgado D. Ordaz.

Tambien se conservan en la actualidad los sepulcros donde fueron enterrados los nobles, pues en derredor de la iglesia antigua de S. Juan que está junto á la nueva, hácia el septentrion, se ven 18 túmulos, quince de los cuales son los de los quince caballeros; todos ellos se conservan con grande entereza, aunque solo en dos se ven pintadas unas campanas sin lengua. Uno de ellos especialmente sobresale por el adorno de la pintura, aunque no se puede leer el epitáfio que hay escrito en él por hallarse muy borrado. Solo nos resta para concluir este artículo rebatir una opinion del célebre cronista Zurita que dice «que estas sepulturas fueron de caballeros templarios, de cuya orden y convento fue aquella casa primitivo, y no tiene alguna divisa ó señal de aquellos linages (de los nobles) que eran de los mas principales del reino.» Pero Zurita anduvo equivocado en este punto, pues ademas de que las campanas que se ven pintadas en los sepulcros manifiestan claramente el hecho que dió motivo á su construccion, no es cierto que aquella casa fuese de los templarios, porque estos no fueron á fundar su orden en el reino de Aragón hasta el año 1141, cinco años despues del suceso de la campana; porque esta iglesia de S. Juan de Jerusalem la fundaron los comendadores de S. Juan mucho antes que la orden de los templarios cayera y se extinguiera, puesto que en el año 1136 en que acaeció el hecho de D. Ramiro eran señores de esta iglesia y casa hacia ya 27 años, de todo lo cual se deduce que no pudieron ser estas tumbas de los templarios, porque la única iglesia y casa que tuvieron en Huesca y que despues fue de los comendadores de S. Juan se llama en el día la iglesia del temple, é igual memoria se hubiese conservado de estos caballeros, si hubieran ocupado en algun tiempo la iglesia de S. Juan de Jerusalem.

J. DE V. Y C.



INDUSTRIA ESPAÑOLA.



LA FÁBRICA DE ARMAS BLANCAS DE TOLEDO.

Desde los más remotos tiempos de la antigüedad han florecido en Toledo las artes y maniobras indispensables para pasar la vida humana; pero aunque se pudiera fijar la época del primer establecimiento de muchas manufacturas, no así con la fábrica y gremio de armeros y espaderos de esa ciudad cuyo origen se pierde con el de su misma fundación, y en esta oscuridad y falta de documentos, solo podré dar algunas noticias que en las historias se encuentran repartidas. Bien notorio es lo que dice el poeta Graciano Falisco, autor que vivió en tiempo del famoso Ovidio, quien en el tratado de *venatione* vers. 341, dice «*Ima toletano procingant ilia eultro*» De este poeta hace mención el mismo Ovidio en la última Epístola del Ponto *ad invidum* diciendo: *Aptaque venanti Gratius arma daret* Cervantes en su Quijote igualmente hace mención de las espadas toledanas del perrillo, llamadas así, por usar de marca en ellas su forjador la figura de un perro.

La fábrica de los cuchillos y espadas de Toledo continuó por muchos siglos con la misma ó mayor fama, sostenida no por el real Erario, sino por buen número de individuos armeros, que juntos componían un lucido cuerpo ó gremio, labrando cada uno en su casa, y templando con el mayor primor las espadas, por la utilidad que se les seguía, pues los compradores de dentro ó fuera del

reino se iban á la lonja del más famoso artesano, y allí compraban las hojas por cientos ó por docenas, y así procuraban cada cual aventajarse en la labor, logrando algunos, por su sobresaliente habilidad, el título de espaderos del Rey, grabándolo así en sus espadas, con todas letras y en los cantos del recazo como fueron Nicolás Hortuño, Juan Martínez, Antonio Raíz, Dionisio Corrientes, y otros. A este lucido cuerpo de armeros de Toledo estaban concedidos por los señores reyes de Castilla varios privilegios y exenciones, que les libertaban del pago de alcabala y cientos con los demás derechos que devengaban al Erario la venta de sus espadas, y las compras de hierro, acero y demás que se gastaba en la fábrica, alcanzando esta exención á los hasteros que traían á Toledo hasta para lanzas, alabardas, pleyas y espontones, y á los que comerciaban y traían guarniciones, tablas de haya, cueros y conteras para vainas.

El acero que se gastaba en esta gran maniobra, desde sus principios fué el de la fábrica antigua de Mondragon, única en España por aquellos tiempos, celebrada casi por todo el mundo por rica y abundante, y cuyas espadas, despues de muchos siglos, subsisten aun de tan sobresaliente calidad, que son apetecidas por todos los extrajeros, que admiran su fortaleza, hermosura y finísimo temple. En el día sea porque ese acero de Mondragon ha degenerado de su fuerza, ó porque sus

vetas y fábrica no lo producen como antes, no se usa este y sí el de Alemania que ha surtido el mejor efecto, saliéndola con él las armas de un temple nada inferior al de las antiguas.

El ser tan celebradas las espadas de Toledo ha movido á muchos la curiosidad de averiguar la causa que haya podido influir para ello, y al efecto algunos han creído que los antiguos armeros de esta ciudad poseían y tenían secreto reservado para el temple de sus armas; pero se engañan, pues nunca tuvieron ni usaron otro que el agua del Tajo, y la arena blanca y menuda de que abundan sus riberas, guardando este método. Luego que la hoja estaba perfectamente forjada, pasaba al templador, en cuya fragua y en medio de ella estaba la lumbrera hecha un reguero del largo de tres cuartas poco más ó menos, y tendiendo sobre ella la hoja, de modo que de las cinco partes de su largo solo las cuatro percibían el fuego, dejando fuera de él el trozo ó porción de recazo y espiga, y dando fuego igual á lo demás; hecha ascua la hoja y de color de cereza la dejaban luego caer perpendicularmente de punta en un cubo de madera lleno de agua del Tajo clara y fresca, y ya fría la hoja se sacaba y observaba si se había torcido ó volteado alguna cosa; pues en ese caso echaban un poco de arcilla sobre el yunque, y puesta encima la hoja con la piqueta en frío después de revenida golpeaban con tiento y cuidado la parte cóncava de la tal vuelta, continuándolo por todo su largo, hasta que la hoja quedaba perfectamente derecha. Después volvía al fuego, participando de él únicamente aquella quinta parte que antes no le recibió, y ya fogueada y de color de bigado, esto es, cuando quería hacerse ascua, la tomaban con las tenazas por la espiga, daban una pasada de sebo de castoreo ó macho en rama; esto es, sin derretir, y al punto empezaba á ardet lo untado, dejándolo así hasta que se apagase y enfriase; y con esta operación quedaba el temple perfeccionado, de modo que la hoja nunca brincaba ni debilaba.

Además del agua del Tajo, usaban también los antiguos armeros para la forja de la arena de sus riberas, como indiqué poco hace, teniendo una porción de ella á la mano, y cuando el bollo de acero y hierro estaba hecho ascua, y bien caldeado como debía para la perfecta unión y solidez, empezaba á disparar algunas chispas brillantes como estrellitas; inmediatamente le apartaban del fuego, y tirando un poco de arena, la arrojaban al ascua, con lo que cesaban las chispas, y luego pasaba al yunque y martillo, continuándose esto hasta la mas perfecta unión de los metales.

Son en gran número los poetas y autores que alaban las aguas del Tajo por sus excelentes cualidades, y una de ellas, la de ser á propósito para el temple y fineza de las armas, y sin estos testimonios, lo comprueba la práctica observada en tantos siglos, por los espaderos toledanos, que siempre han convenido que en esta ciudad, por particular influjo de la atmósfera, ó otra razón que no se alcanza, tienen estas aguas virtud ó cualidad oculta que conduce al logro de tan maravilloso temple.

Muchos más son los autores que alaban el oro de que abundan sus arenas, probando su existencia y uso, y aunque al presente no se encuentre, es porque no se busca, pues en el siglo pasado existían algunos, que llamaban artesilleros, que lababan las arenas de las orillas, y por medio de unas cribas, además de sacar algunas piezas pequeñas de oro, plata, y otros metales, solían brillar con viveza en el fondo de la artesilla las innumerables partículas de oro que dicen los autores, y las que desperdiciaban aquellos artesanos por ser demasiado sutiles y casi impalpables.

Supuesto esto ya se puede conocer la causa porque nuestros antiguos armeros usaron de estas arenas al tiempo de forjar las espadas, y cuando empezaba á caldear el ascua, pues llegando á este punto, cuando se arroja la ascua al fuego se liquida y derrite, y lo mismo sucede cuando pasa sobre ella la hoja hecha ascua bañando toda su superficie, como si fuese un barniz finísimo, y cubriendo los innumerables poros del metal, abiertos á la violencia del fuego, por donde se escapan sus espíritus en las chispas, los que retrocediendo y reconcentrándose, mantienen su fuerza y virtud, permitiendo que con el castigo del yunque se consolide perfectamente aquella masa, que es en lo que consiste la solidez de una espada, y no hay dificultad ninguna en que se derritan las imperceptibles partículas de oro y otros metales, que contienen las citadas arenas, y esto impide el que se disipen los espíritus del acero.

He explicado con tanta latitud el modo de forjar las espadas los antiguos armeros, y la causa (á mi ver) del celebrado temple, porque, según he observado varias veces, viendo trabajar á los artífices en la nacional fábrica, advierto no se observan aquellas reglas, tanto en la fragua al forjar la espada, como en el temple y revenido, reglas que por útiles y de poca importancia se despreciaron sin duda, y no lo son en realidad, pues en lugar de la arena del Tajo se usó de la molada ó legamo que producen las piedras de amolar; que después de seco queda polvo sutil, y esto á la verdad no es un equivalente, pues ese polvo no lo derrete el fuego, por voraz que sea, así como liquida la arena, y de este modo no puede surtir el efecto que las arenas del Tajo, ni cubrir los poros, que se abren en la hoja al forjarla, y que quedan luego en ella, y se pueden advertir, aun después de amolada y acicalada con el mayor esmero.

En cuanto al temple de la espada, luego que está hecha ascua, la meten tendida de corte en una caja de madera llena de agua, y en estando fría la sacan, y para el revenido no se usa en la actualidad del sebo en rama, y sí del jabón, (si no me engaño) cosa diametralmente opuesta á el invariable uso de los armeros antiguos, cuyas espadas son y serán siempre la admiración de todos, y sería conducente se mirase á mejorar luz negocio tan importante, pues guardándose las antiguas reglas, sin duda alguna saldrían las espadas todavía con mas belleza, temple y fortaleza que el que ahora sacan, no obstante que en la actualidad compitan con las demás de Europa, y así proseguiría sin disputa alguna aquel esplendor y fama que por todo el mundo han tenido las espadas de Toledo, aludiendo á esto aquellos versos que dicen:

Vencedora espada
De Modragón tu acero
Y en Toledo templada.

Dando ya por concluida esta digresión, sigamos con los progresos de esta fábrica. Ya por el siglo 18 había decaydo tanto, que casi no había en Toledo artífices que forjasen espadas, y llegando este á noticia de Carlos III, deseoso del bien y felicidad de sus pueblos, y del restablecimiento de las artes y manufacturas, se movió su real ánimo á plantificar de nuevo esta fábrica, como en efecto se verificó el 1761, disponiendo las oficinas con buen método y proporción para las maniobras en los corrales de la casa de correos, teniendo la entrada dicha fábrica frente á la de los carros del convento de agustinos recoletos, y ya todo arreglado se dió principio á otra por Luis Galisto, cuchillero famoso y forjador de

espadas, en Valencia, de donde se le trajo para esta fin, siendo de mas de 70 años, con otros operarios ademas elegidos por el director.

No contento con eso el celo del monarca, y advirtiendo que la fábrica en el local que ocupaba no podía tener el ensanche y capacidad que se requeria para el caso, y deseoso al mismo tiempo de hacer una obra digna de la grandeza de sus deseos, proyectó la construcción de un gran edificio, suficiente á abrigar en su seno todas las máquinas y talleres necesarios, y á mas habitaciones para los dependientes, y consultándolo con su arquitecto mayor D. Francisco Sabatini se tapicaron varios locales á propósito, y al fin se eligió el que hoy ocupa la nacional fábrica, cuya vista se representa en el grabado que vá al frente de este artículo.

Su situación es á la orilla del Tajo, á un extremo de la vega de Toledo, distante de la ciudad como unas 20 varas, en el sitio donde fue antes la huerta de la caridad, antes llamada de Daza, la cual consta comprada por el rey en 5 de noviembre de 1777 en precio de 32,489 rs. pagados á los comisarios de la cofradía de la caridad segun escritura de compra otorgada ante José de Cobos. Se empezó por este mismo año la obra, y vino á acabarse de un todo á fines de mayo de 1782, pues consta que el arquitecto y director de la fábrica D. Francisco Sabatini hizo formal entrega del edificio al ingeniero D. Antonio Gilman, comisionado al efecto, en 27 de julio de 1783.

Su figura es rectangular de 416 pies de longitud y 225 de latitud; tiene dos grandes patios, con sus arcos, pilares, y galerías al rededor y diferentes minas subterráneas para el desagüe de las aguas llovedizas que desembocan al rio por los extremos del canal de las ruedas. La fachada principal es sencilla, y en el medio está un arco almohadillado que forma la entrada. Superior á él hay un escudo de armas reales y una targeta con esta inscripción:

CAROLO III. REGE.
ANNO MDCCCLXXX.

Á la izquierda, conforme se entra en el pórtico, está la capilla, sumamente linda, adornada con sus pilstras, cornisamento y molduras de yeso, muy bien distribuidas. Está dedicada á Santa Bárbara, y en su altar principal tiene una excelente efigie de la Santa pintada por Montalbo, que sucedió á otro lienzo mejor de Bayeu, que se llevaron los franceses. Pasado el pórtico, está el patio principal, con arcos y ventanas distribuidas con sencillez y elegancia. Todo al rededor de las galerías, tanto altas como bajas estan los pabellones para los dependientes de la casa y oficinas, y á cada ángulo se halla una escalera para subir á las habitaciones de) segundo piso y buardillas.

Sigue luego otro gran patio, donde se encuentran las máquinas para el amolado y acicalado, y demas talleres y fraguas correspondientes. Quedan divididos los dos patios por una gran crugia, destinada en el piso bajo para almacen de armas y pertrechos, y en el alto para habitaciones, ocupando su parte céntrica el reloj, cuya muestra se presenta al pórtico de la entrada.

La fachada opuesta á la principal es un grande marrallo, con barbacana, fundado sobre zapicada ó enrejado, á la orilla del Tajo, el que cierra por el lado de Poniente el edificio. Caminando por la izquierda á lo largo del referido muro, se halla un estanque, en que desembocan dos cauces subterráneos, que atravesando por bajo de tierra la plazuela que llaman de las Barcas, y la huerta llamada antes de la inquisicion, traen las aguas desde el molino de Azuñel, tambien spellidado del pa-

pel, para el movimiento de las máquinas. Este cauce ó canal alto que corre toda la fachada occidental del edificio es todo de silleria, y 6 pies de anchura: en él estan las dos ruedas que mueve el agua, la que desemboca luego en un grande estanque curvilíneo, y de allí vuelve al rio por otro canal construido en un extremo.

La embocadura del doble conducto ó canal está situada en el paraje llamado plazuela de las Barcas. Su principio es una porcion de acequia revestida en línea curva, que tiene una reja de hierro para dar paso al agua, que se inclina á ese punto, contenida por la presa. Desde aquí sigue el canal subterráneo atravesando toda la llanura de la plaza dicha y huerta de la inquisicion hasta que desemboca en el canal alto. El conducto subterráneo es de 18 pies de latitud, dividido en dos canales abovedados de 6 pies de diámetro y 2 de montes.

Para la construcción de este conducto fue preciso quitar algun corto terreno á la huerta adyacente que era de la orden de Santiago, y encomienda llamada de las casas de Toledo, y sobre su enagenacion se otorgó escritura de venta en 11 de noviembre de 1778 ante el escribano Cobos.

Toda la fachada de poniente, que es donde estan las máquinas, tiene por la parte inferior unos grandes sótanos embovedados, donde estan las ruedas, y para bajar á ellos hay una magnífica escalera de dos ramales, toda de silleria, y con sus descansos.

Lo demas del edificio corresponde, en su buena construcción y cómodo repartimiento, á lo ya descrito. Hay en la actualidad en esta fábrica 7 fraguas de forjar hojas de sable y lanzas, otra de herramientas, un taller de vainas de yerro para espadas del arma de caballería, que antes no se hacian, una fundicion de guarniciones de metal, un taller de lima, y otro de carpintería y grabado, y ademas el de montura.

Este establecimiento, aunque en un principio estuvo á cargo de la hacienda nacional, en la actualidad depende del cuerpo de artillería, y para su régimen y administración interior hay un director, un capitán del detalle comisario, oficial 1.º pagador 4 oficiales terceros. Ademas hay un cura castrense, y juzgado privativo con asesor, fiscal y escribano para conocer de las causas relativas á los dependientes de esta fábrica que gozan el fuero privilegiado del arma de artillería.

N. MAGAN.

GALERIA DE CARACTERES.

EL PASTIDIGSO.



La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caracteres mas indecibles, mas estraños, y sin embargo mas comunes de

nuestra misera humanidad. Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epíteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y antipáticos que pueblan el mundo, y que parecen espresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas? La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor, al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida, y aprovechando un corte instantáneo que le deja en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavía dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su peñola, templá su paleta y en desahogo de su tormento ensaya á trazar así el espíritu y la forma de sus verdugas.

El fastidioso es un ser casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromedario, la actividad de la pulga, y la perseverancia del mosquito: se alimenta como la sanguijuela de la sangre humana que consume: se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad; tiene la locuacidad monótona é irrellexiva del papugayo; la imposibilidad del jumento, y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmente es larga, y goza de sus facultades hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual lejos de contrariarle le sirve mas bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es excelente, y como diríamos en lenguaje moderno, *providencial*, porque si enfermase podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliría así su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparlas en seguir constantemente á sus victimas. Es amigo de visitas extemporáneas, y no hay hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno hayendo de su irresistible dominacion tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arcnas del Desierto ó en las beladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caracteres amables y bondadosos son aquellos en que mas frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon é indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hay ira posible ante un hombre que á todo dá la razon; que si sonreis, rie á carcajadas; llora si suspirais; si os quejais de fria, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido, os deja la acera en la calle, y os cubre con el paraguá cuando llueve, todo con el objeto de que sufrais su monotoná y cansada relacion. El que pretenda conjurarle con su frialdad y despego, se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion con perseverancia: si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará porque vá casualmente por el mismo camino; si estais en la cama se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seais mujer y estéis con los dolores de parto; si le cerrais en fin vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el bastón.

En la calle es inútil el caminar de prisa, porque él ha-

llará medios de salirse al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado; os cojerá los botones del chaleco, ú os arreglará el lazo de la corbata, mientras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar: todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco que os ofrecerá, y que os hará tomar aun cuando no lo gasteis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halleis complacidos, sentados tal vez al lado de una mujer hermosa, os preguntará por la vuestra, si sois casado; ú os llevará aparte con mucho misterio á un extremo de la sala para deciros en confianza que se ha publicado la bula, ó que se murió Carlos III. En política os recitará palabra por palabra el discurso que habeis leído en el Eco por la mañana. En literatura hará en plena tertulia el análisis ó mas bien diseccion de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite á los demas tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso «se ván ustedes á reir mucho» sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son estos dotados de una gran memoria que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los agnadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa proligidad. Su vista es perspicaz como la del linco, y jamas olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distínguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Peró el fastidioso que á mas de fastidioso es desgraciado, es el último término, el *nee plus ultra* del fastidio. Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatros os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su mujer. Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion! porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interés, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y exclamaciones, sin considerar que vosotros probablemente hallareis muy natural el que á hombre semejante le angañe su mujer, se le subleven los hijos, y le abandonen los criados por no aguantarle.

El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que «é no se fastidia nunca», y es muy natural que así suceda por la misma razon que la muerte no muere jamás.

Por lo demas, ¡malseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso! si una vez ha llegado á marcaros como sus victimas, no hay poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion; porque su omnipresencia es la de Dios, y su fatalidad la del destino. Con la vista del águila os distinguirá entre mil, y con las alas del avestruz os alcanzará en la carrera. Únicamente su muerte pondrá fin á vuestro tormento, y si él es tal que os haga llegársela á desear, pedidle á Dios que sea repentina, pues de lo contrario estais espuestos á experimentar su larga agonía, y morir de fastidio antes que él.

Peró volguemos en fin aquí la peñola, no sea que el lector venga á advertirme de que ha trocado los frenos, y que el pintor se ha convertido en el modelo que intentó bosquejar.